

Gonzalo de Reparaz

CARTAS DE ESPAÑA

Programa y presentación del autor.—Transcendencia y universalidad de la última guerra.—Conocimientos necesarios para enjuiciarla y muchedumbre de los que la enjuician sin conocimiento.—Cómo pude estudiar su germinación.—Origen del ciclo diplomático que la preparó.—El tratado hispano-francés de 1902; explicación de su fracaso.—Tratado anglo-francés de Abril de 1904: la Entente Cordial y sus consecuencias.—La guerra de Marruecos causa de la crisis constitucional española.

I

EL PROPOSITO del autor de estas cartas es informar a sus lectores con imparcialidad y lucidez de lo que sucede en Europa en general y en España en particular, observando desde España los sucesos de Europa, tan íntimamente enlazados como por ellas se verá. Su método es decir lo que sepa ateniéndose a la regla que llama de las tres *ccc*, o sea *corto, claro y cálido*: no tan corto que no se le entienda, ni tan cálido que altas temperaturas

sentimentales perturben el razonamiento, pero en la claridad sin límite alguno, pues cuanto más mejor, a lo que se añadirá el mayor respeto a la verdad sin consideraciones a los errores y ficciones disfrazadas de verdades que frecuentemente hallará en su camino, muchas y muy corretonas, y que a cada momento nos saldrán al paso, ni tampoco a los poderosos prejuicios de varias clases que, envolviendo a aquella, la disfrazan y aun la ocultan, pues a ninguno, por muy respetado que le veamos, reconoceremos el derecho de tal disfraz y ocultación.

Dicho lo cual creo innecesario jurarle al lector que no perderemos tiempo en invocaciones místicas al común origen, a la conveniente aproximación espiritual y material, ni a ninguna especie de sentimentalismo, ya que todo esto ha de existir antes en la realidad y es increable con palabras, siendo la declamación infecunda totalmente. Y, por último, como no pertenezco a partido alguno, y el continuo viajar de mi vida ha ensanchado mi horizonte mental permitiéndome comparar hombres de casi todas las razas y religiones, y las instituciones más diversas, de cuya comparación nacen naturalmente la tolerancia y la indulgencia, dos preciosas virtudes, tan raras como preciosas, que el localismo (o el patriotismo, como Uds. quieran) desconoce, harto se comprende que haya aprendido a juzgar sin pasión y con algún mayor conocimiento del que dan los libros.

Finalmente, pareciéndome que con lo dicho basta para presentarme, entro en materia.

II

El mayor suceso de todos los tiempos desde los prehistóricos hasta los actuales, descontando, quizá, el de los descubrimientos de los nuevos mundos y la circunnavegación del Globo, remate de ellos, ha

sido el de la última guerra. Aquel universalizó la Historia, haciéndola de mediterránea, terráquea. Este universalizó la lucha por el dominio del Planeta, generalizando el conflicto, hasta el presente momento fragmentado en luchas parciales entre grupos de potencias. Pero como ahora lo que estaba en disputa era la hegemonía marítima, o sea el dominio de los caminos universales para poseer los almacenes de primeras materias y los mercados dónde colocarlas, la catástrofe bélica tenía que ser universal. Tenía que serlo también por el solo hecho de haber sido determinada por las clases directoras del imperio inglés, el primero con ese carácter de universalismo que ha existido en el mundo. Desde los primeros pasos de la maniobra diplomática que a él había de conducir pudimos conocer, los que en ocultos observatorios seguíamos paso a paso su germinación, que sería imposible localizarlo.

De su universalidad ha venido su enorme trascendencia. Ningún problema político, social, económico o biológico de nuestros días puede quedar suficientemente explicado, así los ocurridos en Chile como los de España, si este fenómeno monstruoso de la guerra no lo es previamente.

Explicación difícil. Por eso se han dado y dan tantas. El número de los que sobre tan grave asunto, y tan complejo, improvisan, es infinito. Y los más porque no saben, los menos porque no quieren decir la verdad, el magno problema cuanto más iluminado por la linterna de los informadores, más oscuro queda. La generación que casi sucumbió en la matanza desapareció sin conocer esa verdad. La siguiente empieza a vislumbrarla vagamente. Muchas han de pasar sobre la Tierra hasta que resplandezca.

No por ignorada ha sido menos comentada y discutida. Sus hondas y múltiples raíces penetran hasta remotos siglos de la Historia. Seguir las todas y has-

ta su origen requiere vastos conocimientos de diversas ciencias por casi nadie poseídos en conjunto: históricos, geográficos, económicos, antropológicos, biológicos, filológicos, diplomáticos, demográficos, militares, y qué sé yo cuántos más, pero la falta de ellos no impidió que surgiese la más frondosa literatura bélica que jamás se ha visto ni podía preverse; formidable pacto de la incompetencia, de la venalidad y de la liviandad que asusta o mueve a risa, según se le mire desde la moral o desde la ciencia.

Dirás—lector—que si tanto hay que saber para explicar el cataclismo y yo me erijo en explicador es mucho lo que presumo, y que quizá por presumido no valga la pena escucharme. Respondo que pude aprender mejor que casi todos por haberme puesto la casualidad en el observatorio a que me he referido, y que puedo hablar ahora con más libertad que nadie porque nada me cohibe: ni partido, ni carrera, ni amistad, ni secreto profesional, ni patria, ni religión. En cambio me incita mi aversión a las mentiras corrientes, sobre todo a las autorizadas por su extensión y su alto origen. Las leyendas inventadas por la plebe tienen el encanto de la ingenuidad. Las creadas por las aristocracias sociales vienen al mundo con la ponzoña de la malicia, y destruirlas debe ser función preferente de la actividad del escritor. Aquéllas pueden ser respetadas y aun amadas. Estas deben ser perseguidas y detestadas.

III

Fuí Consejero Técnico del Embajador de España en París, marqués del Muni, desde Junio de 1899 hasta Agosto de 1908: más de nueve años. Mi obligación consistía en asesorar al Embajador en los asuntos geográficos. No pertenecía, y ni entonces ni nunca pensé ni deseé pertenecer, a la casta diplomática, re-

luciente órgano de comunicación entre los Estados, pero venía dedicado desde la infancia al estudio de la Geografía y de la Historia, y había sido uno de los propagandistas y organizadores del intento de incorporar a España a la corriente de expansión colonial que arrastraba a Europa hacia la exploración y explotación de lo que aun quedaba por explorar y explotar en el mundo, sobre todo en Africa, lo cual había de venir a parar en la explosión universal cuyos orígenes estamos estudiando. Había desempeñado el cargo de secretario de la Comisión de Exploraciones de la Sociedad de Africanistas, de la que era iniciador, alma y verbo Joaquín Costa. Había publicado libros, dado conferencias, escrito en los principales periódicos de Madrid sobre estos temas pretendiendo popularizarlos. Los pocos africanistas y colonistas que en esto empleamos nuestra inteligencia y actividad, nada conseguimos. El ambiente social nos era esencialmente hostil, mejor dicho quedaba del todo indiferente a nuestra propaganda. En cuestiones coloniales y ultramarinas España es absoluta e irreductiblemente abstinenta. El español emigra y coloniza por su iniciativa y cuenta personal. Orgánicamente, quiero decir en función de miembro de un Estado director del esfuerzo de todos, nunca: antes ni ahora. El Estado, resultante de una nación en germen, no constituida, cual sucede a la española, es también inorgánico e incapaz. Así como la masa social nos escuchó como quien oye llover, así el núcleo director, en el cual no se halló un solo político, grande ni pequeño, que de estas materias entendiese. A todos los conocí y traté y sé por eso lo que me digo. Pero como mis propagandas me habían dado notoriedad, aprovecharonme los conservadores, al venir Silvela al poder a raíz del desastre de 1898, para que fuese al extranjero a estudiar la reforma de los servicios públicos, y luego a asesorar a León y Castillo, que éste era el nombre del

que después, en recompensa del acierto con que dirigió la negociación sobre los territorios en litigio en el Africa Ecuatorial, entre Francia y España, recibió el título de Marqués del Muni.

Pocos tan merecidos. España había dejado caducar, por omisión de toda acción colonial, sus derechos, de no muy claro origen además. Delcassé cedió, a pesar de la presión que el partido colonial francés, influyente y activo, ejerció sobre él para evitarlo. Pero cedió obedeciendo a inspiraciones de política general. Entre él y León y Castillo había una buena amistad. Al calor de esa amistad se empezaba a engendrar el propósito de asociar a las dos naciones en una obra común. En el ánimo de Delcassé esa obra común consistía, principalmente, o acaso se reducía, a la colaboración de España en el sistema de alianzas que habían de llevar a Francia a su desquite de la derrota de la guerra de 1870-71. En el de León y Castillo, político perspicaz y previsor, la intención no pasaba de sacar el mejor provecho posible de los motivos interesados que movían a su amigo, los cuales él muy bien advertía, pero sin dejarse arrastrar por ellos. Delcassé, que había venido al Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia dispuesto a abandonar la política de rivalidad colonial con Inglaterra, escarmantado con lo de Fachoda (1898) buscaba, muy al contrario, el contacto con esta potencia, donde ya se manifestaba el recelo y apuntaba el rencor contra Alemania por el crecimiento naval e industrial de ésta, y todo un grupo de diplomáticos franceses, los dos Cambon, Barrère, etc., le secundaban en la peligrosa labor por nadie aun traslucida (1).

(1) La reacción contra el fanatismo patriótico francés (*chauvinisme* le llaman los franceses mismos) después de la cuestión Dreyfus, fué predisponiendo a Francia, desde 1900, al pacifismo y enfriando el odio a Alemania. La nueva corriente pacifista mostraba tendencias internacionalistas, esto es, a la reconciliación de los nacionalismos hasta entonces agresivos, por lo que sus enemigos la acusaron de anti-patriótica. Lo cierto es que casi to-

Entre tanto otra amistad nacía: la que nos unió al Embajador y a mí, ahora, desde que nos conocíamos, perfectamente compenetrados. Era extremadamente sagaz y cauto. Por la primera de estas calidades se aficionó a mí, comprendiendo de cuánta utilidad podía yo serle estando él del todo falto de informes geográficos (lo que discreta y sinceramente me confesaba) y no teniendo en el personal de la Embajada nadie que los poseyera. Por la segunda tardó en confiarse por completo, lo que le pesó, andando el tiempo. Pero aún así fué para mí su amistad una mina de informes. Nuestras conversaciones en su despacho íntimo, cuando volvía del Quai d'Orsay, prolongábanse hasta pasadas las 8 y media de la noche, y a veces hasta más tarde, con gran desesperación de la marquesa que, impaciente, mandaba a José, el ayuda de cámara, a avisar repetidamente que la comida estaba servida.

El tratado sobre los límites de la Guinea española, por el que España obtuvo en el Africa Ecuatorial un territorio de 30.000 kilómetros cuadrados y otro de casi 200.000 en el Sahara, firmóse en Junio de 1900. Al limitar el territorio Norte de este Sahara, ahora español, con el imperio marroquí, surgió entre ambos

dos los maestros pagados por el Estado eran pacifistas, y muchos de ellos anti-militaristas. Pero el rencor ardía en los pechos de algunos viejos de la generación que presenció el desastre de 1870-71, y de hombres maduros de la generación siguiente, como Deroulède, Clemenceau, Poincaré, Lemaître, Bourget etc., los cuales se dedicaron a soplar en el rescoldo hasta avivar el fuego que se iba extinguiendo, y que, venida al mundo una nueva generación, tengo por cierto que del todo se extinguiera, lo que para la humanidad habría sido beneficiosísimo. Pero los sopladores salieron con lo que se proponían, y acabaron por producir el pavoroso incendio que ha dejado a todas las patrias guerreras casi reducidas a cenizas, sin que en la general ruina se pueda ver claro quienes son los vencedores y quienes los vencidos. Aunque en verdad, la culpa del siniestro no fué sólo de ellos. La civilización no era más que un almacén de explosivos el cual, de una manera o de otra, había de saltar. La cuestión de quien lo hizo saltar es secundaria. Europa no estuvo nunca dividida en amigos y enemigos de la paz. Los Estados fuertes eran todos guerreros, y el culto de la violencia empezaba en los libros de texto de la escuela primaria. Sin eso inútil tarea habría sido la de los atizadores del rencor.

negociadores la cuestión de Marruecos. Francia, dueña de Argelia y Túnez, aspiraba a completar la posesión de Berbería, sometiendo a su dominio esta parte de ella, la más occidental y también la mayor y más rica. Pero atribuíase a España, generalmente, la aspiración a fundar un imperio propio en Marruecos. Supuesto falso. Tal aspiración era meramente retórica y sólo oradores desconocedores del problema aparecían en certámenes o discursos parlamentarios adjudicando a la nación semejante ideal. Baste decir que todos le fundaban en el testamento de Isabel la Católica, en el cual (afirmaban) había dejado encargado a sus herederos que fuesen a Marruecos a luchar por la fe, y que en aquel tiempo Marruecos era de Portugal, a partir del Peñón de los Vélez, y que así lo reconocieron siempre los Reyes Católicos (a los que los portugueses disputaron, incluso la posesión de Melilla) firmando por fin D. Fernando el tratado de Cintra (1509) por el que definitivamente renunció a su pretensión marroquí. De modo que el famoso testamento tantas veces invocado no existió jamás en lo que a Marruecos toca.

En España no hervía más entusiasmo africanista que ése, verboso y sin fundamento en la cultura general. No se publicaban obras de geografía nacional ni africana, menos aún de la especialmente marroquí; ni de verdadera Historia de España, sino de la muy falsificada que se basa en la leyenda de la Reconquista, volviendo la espalda a los orígenes africanos e islamitas de la raza y de la primera cultura (la del primer Renacimiento, de los siglos X a XIII, toda arábigo-hispana, y que vino a redimir a Europa de la barbarie); no había más Sociedad de Geografía que la de Madrid, y sus socios no llegaban a 500; no había periódicos que publicasen artículos de colonización, ni de estos temas sabía nadie nada; el español que iba a Marruecos, o era un miserable y analfabeto

emigrante, o empleado del Estado en los Presidios, a donde marchaba abrumado de pena, como desterrado.

Cuando inesperadamente Delcassé reconoció a España el derecho a dominar la mejor y más poblada parte de Marruecos, incluso Fez, mirámonos el Embajador y yo como quien asiste al más estupendo de los milagros. Mas los políticos de Madrid, al saberlo se asustaron. Tardaron en enterarse. León y Castillo fué a Madrid en Agosto de 1902 a dar cuenta de la negociación, dejando ésta ultimada. Informó primero a la Reina Regente. Luego a Sagasta, Presidente del Consejo. Después a Silvela, que algún día había de substituir a éste. Andan por ahí libros en que se cuenta este capítulo de Historia de otro modo. Ríete de ellos, lector. La verdad es lo que te cuento aquí. De los que le hicimos soy el único superviviente. Los demás que de ello hablan queriendo que se les tenga por más o menos presentes en él, pertenecen a la clase de los que en Madrid llaman *vivos*, esto es hábiles en el aprovechamiento de las ocasiones que otros les dan (1).

Lástima fué que el tratado no hubiese quedado firmado, y válido totalmente, a espaldas del gobierno español. Pero la firma del Embajador, sin la consiguiente autorización de su gobierno, era insuficiente. La autorización no vino nunca. No les llegaba la camisa al cuerpo, como vulgarmente se dice también por allá, a aquellos gobernantes, ante tan magno presente. ¡Allí había gato encerrado! Vivían todos en la creencia de que Francia e Inglaterra eran enemigas mortales, y que si España se entendía con Francia sin contar con su rival tendría graves riesgos que correr. No advertían en qué precario estado dejaban con tales recelos la independencia diplomática españo-

(1) Cuento con todo detalle la verdad en mi obra *Aventuras de un geógrafo errante*, tres tomos publicados en 1920, 21 y 22, el primero en Berna, los dos otros en Barcelona. Nadie ha osado hasta ahora, no ya desmentirlos ni rectificarlos, sino ni siquiera impugnar una sola de sus páginas.

la. Entre tanto Inglaterra, de todo bien al corriente, decidió aprovechar las vacilaciones de la gente de Madrid. Lord Landsdowne, Ministro de Estado inglés, dió al duque de Mandas, Embajador de España en Londres, su palabra de honor de que Gran Bretaña no se entendería con Francia en lo tocante a Marruecos sin estar España presente en la negociación. En Marzo así lo declaraba el Ministro de Estado español en el senado (bajo la garantía dicha), y a los 18 días (el 4 de Abril) firmaban Francia e Inglaterra, a solas, el famoso convenio por virtud del cual ésta renunciaba en favor de aquélla a sus derechos sobre Marruecos, si bien haciendo la recomendación de que diese alguna satisfacción a las pretensiones de España, manera hábil de crear en el Norte del país cedido una zona *tampón*, que impidiese a los franceses instalarse en la vecindad del Estrecho de Gibraltar. Sin esa conveniencia, puramente británica, las tales pretensiones (inexistentes, según he probado) no habrían merecido los honores de la recomendación.

Notemos, además, que Inglaterra, al dar Marruecos no daba nada, porque no era suyo, ni Francia adquiría, por tanto, título alguno legítimo de propiedad. Tampoco España le tendría si el reparto del tratado hispano-francés de 1902 hubiese prevalecido. Los que hoy tiene son delegación de los de Francia.

IV

Así el dicho tratado de 1902, padre del franco-inglés de 1904, es el punto de partida de todo el ciclo diplomático que preparó la guerra universal. Con él nació la que se llamó *Entente-Cordial*, quedando rematada la serie cuatro años después con el pacto ruso-inglés de Reval. Ciertamente para que Inglaterra tratase con Rusia fué precedente necesario la humillación de esta potencia por el Japón, tragedia hábil-

mente preparada, pero que tuvo un desenlace impre- visto para todos, incluso para los mismos ingleses.

Con razón me dijo por aquellos días León y Casti- llo:

—Usted verá cómo esta guerra viene a alterar el actual sistema de alianzas.

En efecto, este grupo de pactos internacionales (an- glo-japonés, hispano-francés, franco-inglés y, final- mente, otra vez hispano-francés) casi simultáneos, es completan dando al imperio británico el firme apoyo de dos grandes potencias en opuestos extremos del mundo. España, por no haber firmado, resultó supe- ditada al nuevo sistema mediante una mínima parte de lo que de haber firmado habría obtenido gratis y quedando independiente. No firmó por el aldeanis- mo de sus políticos, de que ya hablara Martí en su manifiesto de Montecristi al iniciarse la última gue- rra cubana. Ante la oposición de Maura, ministro de la Gobernación en el gabinete Silvela, cedió éste, hombre débil, oscilante, y cedieron todos, faltos de conocimiento del problema y, por tanto, de convic- ciones. Era Maura, si bien intencionado, incompe- tentísimo en la materia, y los demás como él, por pa- decer del mismo mal toda la clase directora española, o mejor por no existir tal clase directora. Y España fué a dar de bruces en la guerra de Marruecos, absolu- tamente innecesaria, que ninguno de los convenios firmados la imponía, que la índole de su misión afri- cana rechazaba, y que emprendió precisamente por su falta de preparación para tal empresa. Ahora bien, la guerra de Marruecos ha sido la causa determinante de la Dictadura y de la crisis constitucional en que, inconsciente y desorientada, se ve sumida la na- ción. En otro artículo daré de esta afirmación tantas y tales pruebas que ninguna duda quede de su perfecta exactitud.